

BOLETIN DE "EL MENSAJERO"

L rasgo característico de los juaristas consiste en la reiteración de carcajadas descomunales, acompañadas de palabras no muy honestas; su hilaridad parece que proviene de que viven entre las convivialidades y la Tesorería. No sucede así con los lerdistas; éstos no afectan la gravedad conservadora, simplemente sonrien; pero su sonrisa es perpetua; lo mismo brilla en la desgracia que en la felicidad, en los negocios que en los placeres, en el amor que en el odio. Sus labios llegan hasta simular un beso de vieja, cuando reprimen la burla y el sarcasmo ante el contrario vencido.

Así, pues, ahora que acaba de saludarme un lerdista, con jovialidad inusitada, yo dije para mis adentros: "Éste me ha visto las orejas de asno." Persignéme á escondidillas, cosa que, como otras muchas inútiles, acostumbro hacer en los peligros, sin saber por qué, y que he imitado de mis vecinas, que hacen lo mismo cuando suben en coche y desaparecen distraídas por los más pecaminosos proyectos. No me engañé en mis temores, mi amigo el lerdista me saludó, preguntándome con melosa voz:

—¿Dónde vive ese pueblo soberano cuyo triunfo pretende usted asegurar en las próximas elecciones?

Comprendiendo su atroz ironía, le contesté:

—Vive en las casas de vecindad, donde vd. pasó sus primeros años, llevando ya un jarro de atole, ya un jarro de pulque á su familia; vive en los modestos jacales, único abrigo de mi cuna; vive en las cárceles donde usted y yo hemos completado nuestros estudios políticos; vive en los talleres y en los campos de donde brota el alimento de ocho millones de habitantes; en ese pueblo se contaron nuestros padres, en ese pueblo se verán nuestros hijos. A ese pueblo debe usted su inesperada y dudosa riqueza.

Sonrióse de nuevo mi amigo, y me dijo:

—Yo me he formado sólo; mi orgullo precisamente consiste en haberme elevado sobre mi clase; era un lépero; he sido despues empleado, y ya soy capitalista. ¿Cuántos de los llamados ciudadanos cuenta usted que puedan decir lo mismo?

—Si el título de ciudadanano se confunde con el de empleado ó con el de capitalista, no llegarán á cuarenta mil los hombres dignos de acercarse á la urna electoral

—Y bien, todos los demas mexicanos ¿qué cosa representan, si no es su pobreza ó su ignorancia?

—No me interrumpa usted, y le expondré mis convicciones. Me gusta ser verdadero y claro. A dos millones llegarán nuestros electores; y éstos, en una mitad, no se encuentran todavía educados para la democracia.

Interrumpió mi discurso una bandada de indígenas que cercó al lerdista; todos ellos mal vestidos y peor peinados, prorumpieron en sonidos bárbaros, acompañándolos con ridículas genuflexiones; púsose al frente de ellos un anciano, que por la pinta debió ser hijo de un cura, aunque ahora, por su piel ayescada parece hongo sostenido por una rama de encina. Este capataz manifestó al lerdista que todos aquellos manojos de hilachas, eran otros tantos electores que deseaban conocerle y ponerse á su disposicion. Enterneciósese mi amigo; vió á los suyos con la languidez de una clorótica, y relampagueando los dientes, dijo:

—Ya habrá explicado á ustedes el señor, cómo el Sr. Ler-

do se propone favorecer las procesiones de Semana Santa y los repiques de todos los dias Sean ustedes buenos ciudadanos. . . . sigan á ciegas al señor Cura

Aquí llegaba mi amigo, cuando, á caballo, se presenta el voluminoso Cura; llama éste á sus ovejas brutales, manifiesta que han tomado una persona por otra, y se encamina con todos ellos á un grupo inmediato, donde los presenta á Sánchez Solís, que, como se sabe, desde la apachería hasta las mixtecas es agente de D. Benito. Allá comenzó de nuevo la escena de los graznidos y de las zalemas.

—Vea usted—me dijo el lerdista—lo que es el pueblo soberano!

—Sabe usted, mi amigo, con cuántos ciudadanos ha comenzado ésta Nacion hace sesenta años? En la noche del 15 de Setiembre de 1810, sólo Hidalgo y Allende y un grupo de entusiastas representaban la soberanía popular; á los once años tomaban parte en los negocios públicos el clero, la oficialidad del ejército y los abogados; cuando terminó la primera federacion, ya se disponian á luchar contra el centralismo los cívicos, los masones, los que habian sido alcaldes, los que habian sido diputados; y cuando se planteó la Reforma, hemos visto á los sencillos fronterizos, educados en el comercio con los yankees, servir de tipo á nuestros militares y de modelo á nuestros demócratas. Hoy mismo, Lerdo y D. Benito, unidos cuando Dios queria, han meditado leyes para subyugar á los electores; y éstos, hoy mismo, exponiéndose á ir á Yucatan, á ser castigados como plagiarios, á ser cogidos de leva, improvisan clubs y se preparan á todas las eventualidades de la lucha: hoy tenemos un millon de ciudadanos; ¿por qué no educaremos el otro millon en lo que nos falta de este siglo?

—¿No es un absurdo que la ley reconozca á ciudadanos moralmente incapaces de serlo?

—No es sino una necesidad, de la cual no se ha escapado ninguna nacion, por admirable que aparezca en su republicanismo. Los campesinos, en Grecia, llevaban á las plazas

de Atenas toda clase de preocupaciones y servilismo: condenaban á Sócrates y admiraban el uniforme de su Ministro de la guerra. Los romanos llenaban su ciudad de bárbaros, y los obligaban á civilizarse. Los Estados Unidos no han retrocedido ante la idea de robustecer la soberanía popular con algunos millones de libertos. Ni el sol ni la libertad pueden en un instante dado alumbrar á plomo todas las cabezas.

Provocando entónces, con aire y tono una conversacion confidencial, me dijo mi lerdista:

—Ya que usted se empeña en que el pueblo sea soberano, si es usted lógico, no me negará que existen en la República tres soberanos, porque son otros tantos los grupos militantes que por lo ménos figuran en la política. Pueblo soberano juarista; pueblo soberano lerdista; pueblo soberano porfirista!

—Todo el que se inventa una trinidad misteriosa, se inventa dificultades insuperables.

—No propongo á usted una charada; es muy sencillo lo que voy á decirle. Pueblo soberano juarista; como se compone de los dependientes del erario, aparece compacto, con un solo pensamiento, con una sola cabeza; le pertenece lo presente y puede aspirar á lo porvenir. Pueblo soberano lerdista; gente de negocios y de inteligencia; los intereses comunes producen la accion y la unidad; la inteligencia reina en el universo, el triunfo nos dará á los empleados y á los militares, y entónces, ¿quién podrá resistirnos? Somos los herederos naturales de D. Benito. Pueblo soberano porfirista; un millon, dos millones, no disputo sobre cifras; ese partido se compone de clases dispersas y desvalidas; unos son utopistas, otros incapaces de disciplina; tantos grupos como clubs; tantas opiniones como periódicos; y su mismo jefe se niega á dirigirlos. . . .

—Nuestro jefe sabe muy bien, que cuando se trate de pelear ó de administrar, le seguiremos; y comprende del mismo modo, que no depende de él ni de nadie nuestra existencia política; al escogerle, hemos visto al ciudadano más digno, y no al hombre necesario. No aspira nuestro caudillo á formar una

dinastía, ni pudiera imponernos jamas una convocatoria. Él y nosotros, no vemos en los puestos públicos una especulacion personal, sino un semillero de reformas. Nuestro fraccionamiento, nuestra independencia, representan fielmente las tendencias y los intereses de la República; en la soberanía del partido porfirista tendrán que fundirse la corona de Juárez y el cetro de D. Sebastian: consérvense enhorabuena todos los partidos, hasta el conservador con sus ánimas hereederas, hasta el que defiende la independencia de las Batucacas en Tepic; pero ninguno, ninguno de ellos debe predominar, supuesto que en la libertad, en la igualdad de todos consiste la soberanía del pueblo: los porfiristas trabajamos para todos.

—De ese modo, no contarán ustedes con el apoyo de nadie.

—Los hechos desmienten tan egoista prediccion. El pueblo se reune por todas partes bajo nuestra bandera; sus oradores se ensayan en los negocios públicos; á veces, como usted dice, se entregan á la utopia; pero tambien las utopias suelen tener el capricho de realizarse. Otros preparan sus armas con impaciencia, pero cuando pelean se cubren de gloria; tienen el instinto de la oportunidad, y se les puede perdonar que hayan sido temerarios y vencedores cuando el Gobierno tocaba la retirada hasta los viñedos de Paso del Norte, y cuando el futuro Ministro de la Guerra enseñaba con una jaranita el palomo y el gallinazo á las grisetas. Federalistas de buena fe, nosotros creemos contar hasta con las autoridades de los Estados; no pretendemos la proteccion oficial en las elecciones; deseamos no más, garantías para la libertad del sufragio.

—¿Cree usted en los Gobernadores neutrales?

—Romero lo ha prometido en un manifiesto, y por lo mismo que lo ha prometido, nada le creo. . . .

—Tendrá usted la bondad de no poner en duda esas promesas, porque yo mismo las he redactado.

—Me pareció la literatura aculeingueña del otro. . . . pero en fin, por los Estados fronterizos existe un Gobernador

que no cree en Lerdo, y que con D. Benito no tiene de común sino la tendencia á las reelecciones; ese señor sí cumple sus promesas; su Estado es porfirista; habrá libertad. . . .

—¿Se fia usted en él?

—A ciegas.

—El Gobierno le ha dado una subvencion, y para que los bárbaros desaparezcan por allá, se necesita conservar por acá á D. Benito.

—Imposible.

—Vea usted esta carta.

—Leí nuestra derrota, y el lerdista soltó su primera carcajada, y ésta tan sorda, como las que se pierden entre los bigotes de Inda (juarista).

Junio 4 de 1871.



LOS MONOS

ESTABA D. Benito, anoche, como acostumbra, encadenado á su silla: presidia una Junta extraordinaria de Ministros. Balcárcel, que en sus narices tiene una doble válvula de seguridad, expelia periódicamente el viento, que siempre le sobra. El Ministro de la Guerra lucia su uniforme, como que habia estado de visita en el Colegio Militar. Pepe Castillo estudiaba la circular en que recomendó á los soldados que no diesen el debido cumplimiento á la ley de elecciones. El Ministro de Hacienda descubria con sorpresa, que en una cuenta que acababa de hacer, dos y dos no le producian cuatro. Mariscal bailaba, como esos viejecillos que, con piés de cerda, se colocan sobre los pianos. Y Alcaraz, representando la justicia y la Instruccion pública, preparaba un ponche para la concurrencia. La Nacion gasta en ese grupo más de cien mil pesos al año.

Don Benito, con la elocuencia que sólo emplea en negocios personales, dijo:

—Ya han visto ustedes los numerosos partes en que se nos comunica que los monos se han insurreccionado contra la linea telegráfica que corre de Veracruz á Tampico. Este acontecimiento, que al principio nos causó risa, amaga complicar